

Los Libros

A propósito de las «NOTAS AL CASTELLANO EN ARGENTINA», por Ricardo Monner Sans. (Angel Estrada y Cía. Buenos Aires. 1944).

En América, cuando hablamos o escribimos castellano, nos asalta a menudo la duda de si será castizo o no el término con que nos expresamos. Para salir de la duda, empuñamos a la «autoridad» y la requerimos de decirnos que está bien, cuando se trata del *Diccionario de la Academia* u otro similar; o al revés, que está mal, cuando se trata de un vocabulario de americanismos o de «locuciones viciosas». En ambos casos, el criterio es «el uso de España», pues nuestro uso carece de cotización en el mercado literario. Las *Notas* de Monner Sans son un libro de la segunda especie; el más acreditado en la Argentina, según parece.

En lo físico, tiene en esta su tercera edición la presencia simpática de un volumen pequeño, manual (de XX y 404 págs. de 20 × 12 cent.), bien cosido, bajo una cubierta de cartulina diseñada con gusto, bien impreso en un buen papel delgado, liviano para los músculos, con letras limpias y claras para los ojos, sin erratas. El arte con que se edita en la Argentina merece sólo alabanzas.

En lo espiritual, mucho dice ya el hecho de tratarse de la tercera impresión de una obra veterana, de 1903, extensamente apreciada. Y concebida, como es lo propio, con la severa actitud con que nuestros abuelos enfrentaban el tema.

Lleva tres substanciosos prólogos: uno del autor, D. Ricardo Monner Sans, otro del escritor argentino E. S. Zeballos, y otro del actual editor, D. José María Monner Sans, hijo del primero y profesor en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Lleva también un apéndice con opiniones de varios entendidos, dos de ellos señalados: Cuervo y Unamuno.

Se trata, pues, de todo un *Don Vocabulario* de palabras usadas en la Argentina que no figuran en el *Diccionario* de la Academia o que figuran con otro significado. El desarrollo de los artículos es semejante al del primer libro análogo hecho en Chile, el de Z. Rodríguez; y por consiguiente ocupa por esto un lugar intermedio entre las exiguas *Voces usadas en Chile*, de Echeverría Reyes y el exuberante *Diccionario de chilenismos* de Román, en 5 grandes tomos. Y, para no olvidar al de Ortúzar, añadiré que a éste es al que más se parece en la ecuanimidad y medida de las observaciones.

Los artículos de Monner Sans no sólo explican vocablos y locuciones sino que discuten la materia, citando opiniones y otros libros. Por lo mismo, en conjunto, la lista no es tan abundante como la de Ortúzar o la de Román. Lista de vocablos, nada más; pues no tiene esta obra de Monner Sans una sección dedicada a los otros aspectos del castellano en la Argentina: la fonética, la conjugación, la construcción, tal como, para el castellano de Chile, la traen, aunque raquíticamente desarrollada también, el librito de Echeverría Reyes, y, para el de Colombia, sólida y sabiamente, si bien algo desparramada, el recio libro de Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

Pero, como al fin de cuentas en el vocabulario es donde se cometen los mayores pecados contra el castellano internacional, resulta siempre utilísimo este libro de Monner Sans; no sólo para los lectores de libros argentinos, hoy tan esparcidos por el vasto mundo americano, sino para adquirir la conciencia del uso propio, hasta en Chile, ya que a menudo los usos de la Argentina son también los nuestros. En este sentido, las *Notas*

de Monner Sans vienen a llenar un vacío hasta entre nosotros, que tantos libros de locuciones viciosas hemos producido, pero en tiempos tan pasados que hoy día son inhallables. En efecto, el *Diccionario* de Román, el más moderno no sólo es obra incómoda por su desmesurada extensión, sino carísima por haberse quemado, según dicen, casi toda la tirada de uno o dos tomos. Y los otros, los de Rodríguez, Ortúzar, Echeverría, Amunátegui, Lenz, impresos hace medio siglo o más, no han hallado un reimpressor entre tantos que editan tonterías.

No soy yo de los que piensan que en América debemos siempre hablar y escribir como hablan y escriben los españoles, y decreta la Academia, limpia, fija y esplendentemente. Tiempo ha que me declaré en cisma. Desde el día en que, gracias a Lenz, comprendí que el lenguaje es instrumento de comunicación, para poder entenderse, y como lo dijo un tan grande hablante peninsular cual Lope de Vega, para hablarle a la gente «en necio», si lo que entiende solamente es eso. El ambiente, las gentes y la vida de América se diferencian de los de España; dicho es éste de Pero Grullo. Y, aunque nuestro idioma sea, en lo esencial, el castellano, hay que usarlo aquí adaptado a nuestro medio, y de tantas maneras diferentes como lo exijan la cultura, tan variada, de las personas con quienes uno habla. La impropiedad de hablarle a un labriego en castellano académico o en latín la percibe todo el mundo. Pero se habla también castellano, y sobre todo se escribe, para hacerse entender en otros países, por otros miembros de la gran tribu, que no familia, castellana; los cuales a menudo no conocen los usos locales o de otros componentes de la tribu. En este caso, hay conveniencia en evitar los términos caseros, lo mismo los chilenos al escribir para los españoles, que los españoles para los argentinos, etc. Sólo así hay paridad y sensatez. No tenemos por qué reconocer mayor casticidad, en tal caso, a los términos locales usados en España, ni siquiera en Castilla la Vieja, archivados en el *Diccionario* de la Academia, que a los usados en Bue-

nos Aires o en Santiago del Nuevo Extremo. Las voces y modos de hablar que no han llegado al uso internacional del castellano no son castizos con respecto a éste, aun cuando pueden serlo en relación con el medio donde se emplean. Toda palabra es buena, por lo tanto, para su fin. El error está en usarla inoportunamente. Y basta una nota explicativa en un escrito para no repudiar una palabra excelente, cuando ésta no ha llegado aún al uso internacional.

El criterio con que Monner Sans hace sus anotaciones y reparos no es el que queda dicho, claro está; y hay en las páginas finales del libro observaciones de Unamuno y otros, y también notas del editor actual, profesor Monner Sans, en desacuerdo con don Ricardo. Aquello no impide a estas *Notas* el poder ser utilizadas con el más amplio criterio moderno.

En opinión de don Arturo Costa Alvarez, en su conferencia *El campeón del castellano en la Argentina* (pág. 380 de las *Notas*), nuestra vecina del Atlántico le debe a don Ricardo Monner Sans, quien «durante casi cuarenta años libró su lucha y alcanzó su triunfo», algo más que el castellano le debe en Chile a los autores de obras similares y quizá tanto como a D. Andrés Bello. Aunque español por nacimiento, tenía D. Ricardo el espíritu abierto y comprensivo en cuestiones lingüísticas, en las cuales se ocupó en varios otros libros, y sentía aprecio no común por los usos americanos. No repudia, pues, a fardo cerrado el neologismo sin equivalentes (pág. 46); pero es severo con los galicismos y americanismos a los cuales les descubre un hermano español, aunque sea contrahecho y pesado.

Sin embargo, Unamuno estaba en lo cierto cuando decía que muchos americanismos son puros arcaísmos y provincialismos españoles (pág. 379). Yo lo he comprobado mil veces. Y basta una ojeada a los vocabularios arcaicos para saberlo; por ejemplo, a los de Menéndez Pelayo en su *Antología*. Y también a los de la época clásica, como ser el de Góngora por Alemany Selfa, o el de Cervantes por Cejador, que prueban lo mismo.

No se ha dicho, pues, aún la última palabra en el dife-
rendo de la «casticidad» del castellano en nuestra América. En
todo caso, algo sabemos; esto es que la propiedad en tal ma-
teria consiste en hablar como aconsejaba Lope: en necio cuan-
do a necios se habla, y necio, del latín *nescio*, es todo igno-
rante.

Entretanto, necesaria es una teoría latinoamericana del
buen lenguaje. No podemos formularla calcándola sobre la de
los franceses o de los ingleses, supremos hablistas del orbe, ni
sobre la de ningún pueblo europeo de alta cultura; por un claro
motivo. El escritor francés, generalmente un habitante de Pa-
rís, y el inglés, de Londres, se dirige a una población compacta
y refinada, en que todos los usos lingüísticos son familiares a
cada individuo del conglomerado. El latinoamericano vive en
otras condiciones. Supongámosle capaz de sentir a un alto nivel
la cultura, ese mito formado de helenismo y cristianismo, y
también enamorado del magnífico verbo castellano que nos
transmitieron nuestros abuelos. Pues bien, no le basta eso; tiene
que pensar en un público lector heterogéneo, disperso por el
vasto mundo; pues no hay, ni en las más populosas ciudades
de este continente grandes grupos de personas parejamente cul-
tas, que puedan absorber la edición, aunque sea corta, de un
libro escrito para ellas, con arte o con sabiduría.

Y libros hay cuya especialidad no logra atraer más de me-
dia docena de lectores distanciados de polo a polo. ¿Cómo pue-
de, en tales condiciones, quien quiera hacerse entender, usar
otro lenguaje que el un tanto desabrido, aunque imponente cas-
tellano internacional, tejido con palabras comunes, sin modis-
mos, sin alusiones, sin figuras creadoras, sin sello íntimo ni sen-
timental?

Los que no se conforman con la realidad, artistas general-
mente, se encierran en su torre de marfil, o de orgullo, y escri-
ben para ellos, prescindiendo del público, que, ¡claro! en parte
no los entiende ni los cotiza. Sirvan de ejemplo Güiraldes, Ga-

briela Mistral y otros «raros», cuyo extraordinario mérito ha abierto por esto cierta brecha en el cerco de acero.

Inconformistas hay también que creen salir del aprieto calcando dichos y gestos madrileños y esclavizando su lengua por su propia voluntad. ¡La lengua!, que es en cierto modo el pensamiento y el alma. Este lacayismo es lo peor entre ambos extremos.

Tema es este, pues, para largo discurso. Pero discurrir no es resolver. La realidad americana tiene en el lenguaje, como en lo demás, los rasgos de un mundo en gestación, en dispersión: una nebulosa espiral de lento giro aparente. Bástenos por ahora, con conservar, y si es posible, ensanchar, enriquecer el castellano internacional. Cada cual puede, estudiando en su rincón, allegar un ladrillo al edificio que se alzará cuando se yerga la unidad, no sólo política, económica, aduanera, monetaria, que todo eso es materia perecedera; sino la unidad espiritual, la sincera fraternidad, sin envidias ni codicias, y con la conciencia de las grandes cosas que, *unidos*, podríamos hacer. El lenguaje ha marchado siempre del brazo con el poderío histórico; nunca sin él. Son fuerzas convergentes y concomitantes.
—JULIO SAAVEDRA MOLINA.



PASADO Y PRESENTE

Cuando Sarmiento se propuso observar de cerca la vida española como clave para comprender los problemas de su Argentina, se adelantó como siempre, a su tiempo. Para transformar el país, quiso primero explicarse su peculiar configuración cultural. Dijo, en «Facundo», la parte que se debía al suelo, deshabitado y fértil y a las maneras de vida que el suelo favoreció. Ahora España había de darle las razones históricas, los fundamentos del tranquilo pasado colonial donde se engendró la